

## LAS APSARAS.

No. Te ha salvado el rey de la India, que es igual á Indra.

URVASIA (*mirando al rey*).

Brahama te bendiga, hijo querido de la luna.

## EL REY.

¡Qué hermosa eres! Tus cabellos destrenzados han caído sobre tu seno aumentando su blancura, como la sombra que la luna extiende cual un pliegue de su flotante manto en el mar abrillanta más el rielar de sus rayos en las aguas. Tus cejas ligeramente pintadas por la tilaka del amor ocultan dos ojos más negros, pero más hermosos que una noche de estío. Tu frente pálida, tus mejillas ligeramente sonrosadas, tus labios entreabiertos como la flor del granado, tu seno que palpita, tu aliento que perfuma todo el aire, tus miradas, en fin, me embriagan, pues me pareces una diosa inmortal que ha venido del cielo á hermoear y santificar la tierra.

## LAS APSARAS.

Sosiega un poco, hermosa Urvasia, ese corazón

agitado. Después de la tempestad el sol esparce con más alegría sus rayos de oro por los espacios; después de la tormenta el mar se duerme tranquilo y retrata todas las estrellas del cielo. Cálmate aquí, á la sombra del árbol del amor que sacude sus flores sobre tu cabeza, junto á esa fuente que murmura una canción en tus oídos, á la orilla del lago de cuyo seno levanta su cáliz celeste el lotho para contemplarte y respirar tu aliento. Descansa y cuéntanos tus desventuras, que deben haber sido rápidas como un relámpago.

## URVASIA.

¡¡Rápidas!! El tiempo no se cuenta en los profundos abismos como en la tierra, pues cada minuto guarda una eternidad allí, en aquel negro antro del dolor y del remordimiento. Mares de nieve cubren su entrada, que apenas iluminan algunas pavesas de mundos malditos caídos sobre su soledad más horrorosa que el sepulcro, y en cuyos caliginosos aires se ven volar sombras fatídicas que despiden lamentos de sus negras bocas y sangre corrompida y venenosa de sus heridos costados, y dejan huellas de azufre al tocar el suelo con sus plantas, inmensas, afiladas garras que

se clavaban en el seno de los infelices condenados. Mi raptor me arrastró por una senda sin luz en que se veían cabezas amontonadas y enrojecidas en pálido fuego, calderas de agua hirviendo que cocían miembros de innumerables infelices, serpientes que se arrastraban cebándose en las entrañas de sus víctimas, víboras que se enroscaban á las plantas, aves de rapiña que hundían su pico en la cabeza de los desgraciados; y todo era un mar de lágrimas y de sangre, y un continuo estallido de lamentos que me partían el corazón, moviéndome á envidiar la fría inercia de las piedras que no participaban de mi triste sentimiento. Un infeliz estaba allí sufriendo que una vaca de hierro le clavase en el vientre los cuernos enrojecidos en el fuego del infierno, por haber cometido el crimen nefasto de matar á la vaca de un brahama. A su lado habia otro cubierto de lepra, que al moverse, arrojaba de todo su cuerpo víboras, serpientes, y que pagaba el feo delito de haber comido, siendo guerrero, en la mesa de un esclavo, de un sudra. No lejos de allí, en un monton de inmundicias, se sentaba un infeliz cuyo vientre encerraba un volcan, cuyos lábios despedían rios de hiel, cuyos ojos lanzaban saetas agudísimas que volvían á clavarse en su mismo

corazón, cuya lengua era una inmensa serpiente que se enroscaba á su cuerpo dolorido, oprimiendo sus carnes y descoyuntando sus huesos. Este habia cometido el negro crimen de mirar con ojos compasivos á un pária, miserable ceniza del gran fuego de la vida. Y así, en aquella larga y espantosa galería de remordimientos vivos, se descubrian por todas partes las sombras del mal y el veneno del vicio que emponzoñaba á todos aquellos que habian violado los códigos escritos por la mano misma de Brahama y confiados á su intérprete Manú. Pero mi espanto llegó á su último extremo, mi terror á su postrer parasismo, cuando ví en una honda cueva, iluminada por los resplandores fatidicos de una hoguera que se apagaba, la diosa Cali devorando carne humana, bebiendo sangre, gozosa como una hiena que alcanza su presa y le clava la aguda garra, y hociquea en sus entrañas, y sumerge su lengua en la sangre caliente, y respira el hedor de la muerte, y se acuesta en los restos palpitantes, y satisfecha ya su hambre, rasga, destroza los filamentos de aquellas carnes, y los esparce, sólo por gozarse en atroz carnicería. Mi espanto creció cuando la ví levantarse, dirigirse á mí, contemplarme con su torva mirada de lechuza, y decir

con risa epiléptica y sardónica: ¡qué buena presa! ¡qué grande y oloroso sacrificio! Entonces una nube me cubrió los ojos; sentía que Yama me arrebatara en sus brazos, me desplomé en ellos sin sentido, hasta que me he despertado aquí, viéndome feliz rodeada de todas mis hermanas, que con sus alas de mariposas y sus voces de ruiseñores me recuerdan que aún estoy en la primavera de la vida, llena siempre de encantos.

## EL REY.

Óyeme, Urvasia, óyeme. El dios que tiene por atributo un pez de mil colores pendiente de un bambú, me ha herido el corazón con sus flechas. Yo te amo. Toda la miel que destilan todas las flores caída sobre mis labios no los endulzaría, si no los perfumase un casto beso de tus labios. Has tocado mi corazón con las alas de gasa de tu alma, y lo has herido, y en vez de brotar un torrente de sangre ha brotado un torrente de amor más impetuoso que las cataratas. Nada puede consolarme. Ni la sombra del bosque, ni el agua pura y fría que surge de las fuentes, extinguirían el ardor que está dentro de mí, en mi corazón, en mi conciencia, y que sólo puede apagar una lágrima de tus negros ojos. Mira, yo, el guer-

rero, lloro, y esta lágrima de amor me regocija, y la bebo como bebe la pobre yerbecilla en el estío la lluvia de la tempestad. Sin ti no puedo atravesar la vida, como el nadador que lucha con un impetuoso torrente. ¡Ay! El viento arranca las hojas de los bosques, y no arrancará nunca de mi memoria tu recuerdo. Para mí ya no hay alegría. Ni la flor de la kururaca matizada de violeta y carmin, ni la celeste campanilla en cuyo fondo hay una perla, ni las enredaderas vestidas con todos los colores del iris, me parecerán nunca, nunca hermosas; porque sólo hay hermosura donde está tu amor. Ninfa de las arqueadas cejas, si no me amas, mi suerte será más negra que tus ojos.

## LAS APSARAS.

Los dioses nos llaman. Urvasia no puede contestar hasta que no haya besado los pies de Indra. Volemos, volemos. Adios, adios. (*Desaparecen volando.*)

URVASIA (*al volar*).

Me he enredado en la yedra. Adios, adios. (*Desaparece con las demás Apsaras.*)

EL REY.

Bendita sea esa yerba, que me ha valido una mirada suya. Vámonos á mi palacio.

EL COCHERO (*entrando por las puertas de la ciudad*).

A las orillas del río sagrado se levanta la ciudad, cuya grandeza es tal, que doce jornadas no bastarian, en este carro rápido como el relámpago, para recorrerla, cuyas casas son tan altas, que en sus techos se acuestan las nubes y las estrellas; cuyos templos brillan cuando los rayos del sol hieren las piedras preciosas de que están cuajados sus muros, como el Oriente en el alba; ciudad sacratísima, conjunto de todos los seres privilegiados y felices de la tierra, por cuyas plazas y calles se ven los elefantes cargados de mercancías de oro y de perfumes embriagadores; los caballos que relinchan ostentando orgullosos la preciada carga de sus invencibles guerreros; los carros plateados como la luna en que van las grandes señoras medio cubiertas con sus blancos velos, brillando más así como el cielo entre las leves nieblas; las bailarinas que saltan al eco de melancólico cantar en danzas fantásticas como las que forman las nubes al chocar con los remolinos

del viento; las procesiones religiosas en que los dioses cubiertos de perlas, de diamantes, de flores obligan á inclinar la frente y doblar la rodilla á todos los indios; los mil banquetes, reunion de hombres afortunados que al aire libre se entregan á sus fiestas devorando leche y miel y ricas frutas entre los perfumes de mil pebeteros y los aromas de las flores que ciñen sus cabezas; maravilloso espectáculo, animado, engrandecido por el ruido de las carcajadas, de las bendiciones, de los gritos de los mercaderes; por el susurro de sus jardines, el rumor de los mil surtidores que escalan en sus columnas de cristalinas aguas los cielos, el estrépito de las armas, la cadencia de los bailes, los ecos de los cánticos religiosos de que está henchido el aire de la gran ciudad, á cuyos muros, puertas, templos y palacios se ven guerreros que la defienden, príncipes que la ordenan, sacerdotes que la unen con sus plegarias al cielo; príncipes, guerreros y sacerdotes que la guardan, como la serpiente de tres cabezas guarda la fuente misteriosa del Ganges.

EL REY (*en los jardines de su palacio*).

¡Me ha abandonado! ¿Y para siempre? ¿Por qué, por qué quise salvarla? ¡Ay! La redimí del

infierno, y he encerrado en mi corazon el infierno. Hermosísima rosa, yo te arrancaré á tu tallo, aunque me desgarras y ensangrientas con tus espinas los dedos, yo te arrancaré á tu tallo, para beber gotas de rocío y aspirar embriagadores aromas que calmen un poco el dolor de mi corazon. ¿Por qué, luna, penetras como todas las noches tan alegre entre las hojas de los plátanos y rielas en la fuente, cuando mi alma está desgarrada y mis ojos cubiertos de espesísimas tinieblas? ¡Qué noche tan serena! El cielo brilla como en los momentos más felices de la naturaleza; el áura ya corre juguetona entre los árboles, ya se suspende casi dormida sobre la corola de las flores; todo es tranquilidad, y mi alma estalla en tremendas tempestades como un cielo tormentoso y oscuro. Yo, cuando me paro un poco á contemplar mi suerte, sueño que te llevo, ceñida tu cintura con mi brazo, al templo, á los altares para jurarte un amor eterno, ninfa divina de los bosques. Y me despierto, y solo abrazo sombras; pero sombras que no son bastante espesas para ocultarme tu imagen. Te veo cuando la noche extiende sus tinieblas; te oigo cuando la naturaleza entera calla. Tu figura se dibuja en los rayos del sol y de la luna, en los pliegues de las nubes de polvo que levanta

el viajero en el camino, y en las orlas de las nubes de agua que levanta Indra en los cielos. Amor sin reposo, amor sin esperanza, ¿por qué no puedo arrancarte de mi pecho? Pero no, no te vayas; más quiero padecer contigo, que ser sin tí feliz. Estoy solo, solo, solo. No me avergüenzo, pues, de llorar. Quisiera ser, ninfa bella, el aire que respiras, la suave luz que se refleja en tu retina, la túnica que vistes, el cinturón que ciñe tu flexible cuerpo, las alas que están prendidas á tu espalda, el cabello que ondea por tu seno, la corona de algas y de perlas que llevas en tu frente, la miel que libas para tu alimento, el águila en que recorres el cielo, la sangre calorosa que se extiende por tus azules venas, la...

EL BUFON (*que sale de una gruta*).

Pues yo quisiera ser de medio cuerpo abajo confitura, para comerme á mi mismo. No hay amor comparable á un buen plato de legumbres. No es el corazon, en verdad, tan exigente como el estómago. Tenga yo el vientre lleno, y vengan sobre mi amores. Cuando me desespere, me sepultaré en la cocina, y allí en un jarro de leche y miel ahogaré todos mis dolores. Calla, pues, ¡oh rey! con ese lamento.....

EL REY.

Déjame. Tu barbarie me cansa. Tus estupideces me hastían. Que se apague la lumbre en mi palacio, porque no quiero comer. Que se cierren las fuentes de mis jardines, porque no quiero beber. Que se dé libertad á mis fieras, porque no quiero juegos. Que se rompan las flautas y las arpas de mis conciertos, porque no quiero más música que el eterno quejido de mis dolores. ¿Por qué soy omnipotente? ¿Por qué me llaman rey?

URVASIA (*invisible en los aires*).

Ni la miel que destilan los árboles del Narana, ni el rocío que llueve el cielo, ni la grata sombra de la eterna bóveda, ni la música que las estrellas forman en sus grandes y suaves conciertos, ni el lecho de flores en que duermo, ni las águilas que me llevan ráudas por los vientos, ni la presencia de los inmortales, ni las alhajas que me ha regalado Indra formadas de rayos de la luna y de hermosas estrellas, ni las enredaderas que en los bosques bienaventurados crecen con su color celeste y puro, han podido calmar un poco el ansia, el anhelo infinito de mi amor.

EL REY.

Me parece que oigo una voz dulcísima. Será el eco de mis propios recuerdos. Será el ruiseñor, que suspendido de una pequeña rama mira anhelante á su compañera, regalándole un cántico de amor. Será la alondra que bate ya sus alas y afina su garganta, esperando ansiosa el primer albor del nuevo día. ¿Y cuándo, cuándo amanecerá mi amor?

URVASIA.

Le participaré en esta hoja de boj mi pensamiento, ya que tan grande como el mio es su amor.

EL REY.

¿Qué veo? ¿Qué ha caído del cielo? ¿Es la piel de una serpiente? No. Es una hoja de boj. Hay en ella signos. ¿Qué dice? A la luz del alba que empieza á despuntar, y de la clara luna que luce más que nunca, puedo leer..... Pero ¿qué leo? ¿qué leo? ¡Oh! ¡oh! ¿Será verdad? será verdad? «Consagrada al culto del Sol, sus rayos no tienen bastante fuerza para vivificar mi corazón. En mi lecho de olorosas yerbas sembradas de flores de

Pariyata no encuentro reposo. Las brisas de Nandana me parecen llamas. Necesito de tu amor.»  
 ¡Oh! Mis brazos serán tu lecho, mi corazón tu paraíso, mi aliento la brisa que refresque tus sienas. Ven, hermosa ninfa, mírame aquí de rodillas implorando tu auxilio.

URVASIA (*aparece á los ojos del Rey rodeada de las Apsaras*).

Aquí estoy. Nuestro amor será eterno, eterno. He abandonado por tí la morada de los inmortales. He roto contra el suelo de cristal la copa hecha de un astro en que los dioses me regalaban el néctar destilado de los árboles de Nandana. Y vengo á buscarte, á gozarme en tu bendito amor. Las ramas de las selvas formarán un lecho de amores. La soledad nos tenderá su manto. La callada noche velará nuestros amores; y juntos un día nos sorprenderá la muerte.

EL REY.

¡Ah de mis guardas! ¡Ah de mis sacerdotes!  
 ¡Ah de mis ministros! Dad libertad á todas las aves prisioneras. Mandad que la ciudad santa sea un continuado banquete. Enseñad á todos los papagayos de mi reino y de sus bosques á decir el

nombre de Urvasia. Esparcid el oro de mis arcas por el suelo para que lo recojan mis vasallos. Que se alegre el mundo entero como se alegra mi corazón. Disponed á Brahma ochenta mil sacrificios.

LAS APSARAS.

Ha llegado la hora feliz en que deben unirse para siempre el rey de los hombres y Urvasia la diosa de los bosques. Los pages del rey sacan el toro y la vaca para el sacrificio, coronando sus astas con guirnalda celestes y rosas blancas. Las arpas de las vírgenes rompen á una en sus cuerdas de oro himnos voluptuosos que imitan el placer infinito derramado por toda la naturaleza; y al compás de sus armonías las bayaderas danzan, formando con cintas de encendida púrpura mágicos círculos, en que se pierden de vista, merced á la rapidez del baile. Los músicos reales armados de sus trompas y de sus flautas llenan los aires de alegre música, acompañados por los gorgoros de las mil parleras aves encerradas en jaulas de oro y suspendidas con sus nidos en los bosquecillos de los jardines. Los guerreros montados en caballos y elefantes cantan sonando sus armas y sus escudos con grande y marcial estrépito.

Los neófitos, futuros hrahamanes, ornados con sus túnicas blancas y sus mantos de piel de gacela negra, ceñido el cuello con el cordon sagrado, resplandecientes de santidad y de juventud, entonan himnos á los dioses protectores del primer amor. Los sacerdotes vienen detrás de ellos, y en su reposado continente, y en su mirada que se pierde en los cielos, y en el dulce y compasado movimiento de sus labios muestran que ruegan por los que van á ser esposos. Los vasias cubren las calles con telas de mil colores; para que los rayos del sol no ofendan á la multitud y la ciudad resplandezca con todos los matices del arco iris. Los labradores arrojan por el suelo rosas, jazmines, azucenas, flores de bambú y de granado, azafran, pimienta, mil plantas aromáticas que perfuman los aires con voluptuosos aromas. Las jóvenes más hermosas de la ciudad, pintadas sus cejas y sus mejillas, coronadas de flores de enredaderas, agitando en sus manos pequeños instrumentos músicos que despiden gritos de alegría, se asoman á las áureas ventanas y enardecen con sus negros ojos los placeres de tan grandiosa fiesta. Urvasia se presenta vestida de blanco, cubierta con un manto de lana celeste, ceñidas las sienas de guirnalda de flores, la hermosa garganta

con un collar de perlas que parecen lágrimas de la aurora cuajadas en su seno, los torneados brazos con brazaletes de oro semejantes á dos rayos de sol ó dos cometas; y pisa con descuido las coronas que arrojamos á sus plantas, y estremecida por el sentimiento del placer que sacude todo su cuerpo, realza su hermosura con el rubor que cubre sus mejillas y su frente, entre cuyo fuego resaltan sus negros ojos como dos abejas encerradas en las corolas de dos encendidas rosas. Por otro lado se presenta el rey. Una túnica con todos los colores de las plumas del pavo real le cubre, un manto carmesí pende rozagante de sus hombros, una corona de oro, que semeja la luna llena, orla su cabeza, y sandalias prendidas con cintas de plata de Golconda cubren sus piés, que se hunden al andar en alfombras de mil gayas flores. El rey se adelanta y saluda á Urvasia, y se sientan ambos en su carro de oro, pareciéndose al mar y al astro de la noche cuando surge encendido entre las ondas. Por fin llegan al pié del ara. Un respetable brahama atiza el fuego del sacrificio que brilla como el sol naciente, y arroja en la llama granos de trigo y manteca derretida, que levantan á los aires una nube indecisa y azulada como las ilusiones del primer amor. Los



dos amantes toman el fuego sagrado que centellea en el ara por testigo del fuego que arde en sus dos corazones. En seguida se dan las manos, y al tocarse una con otra, se estremecen, tiemblan como dos arbustos sacudidos por el rayo; y ardientes lágrimas se asoman á sus ojos como esas gotas de lluvia que la tempestad deja pendientes de las ramas de los árboles. Despues de haberse dado las manos, ruedan juntos en torno de la piedra del sacrificio, como el círculo que forma la noche con sus estrellas y el dia con su sol rueda en torno del monte Merú, centro de la tierra. Y acercándose Urvasia al fuego, arroja nuevos granos y manteca derretida, que alimentando las llamas hacen que tomen la figura de un purpurino lotho. Y con esto concluye el sacrificio. Todos los que los ven tan hermosos, los saludan y los comparan al amor y la felicidad unidos, que los dioses crearon con toda la hermosura imaginable para que dieran seres felices á la tierra. Id, reyes, á vuestro lecho; gozad en paz de vuestros santos amores. Que el sol os ilumine; que la luna recoja vuestros suspiros; que os unais como la flor al tallo, como el tallo al tronco, como el tronco á las raíces, como las raíces á la tierra. Sed, sed felices.

EL REY (*dirigiéndose á su aposento*).

Pronto, pronto huirá todo este cortejo. Entonces, amor mio, la soledad nos cubrirá con su manto. Esta pasión que nos ha consumido, que ha calcinado nuestros huesos con su fuego, se tornará dulce y tranquila felicidad...

URVASIA.

Calla, calla... nos oyen... y... no... no me hables de tu amor. Nos oyen.

EL REY.

No temas. El ruido de las músicas y de los cánticos y de los gritos atruena los aires, y nada se oye.

URVASIA.

¿Qué pasa por allí? Los sacerdotes se cubren el rostro con las manos. Las jóvenes cantoras se desmayan. Las bayaderas huyen. Las Apsaras vuelan dando grandes lamentos. ¿Qué pasa? Veo correr un joven, medio desnudo, envuelto en una piel de tigre...

ORIEL (*cayendo á las plantas de los Reyes*).

¡Perdon, perdon! Pero decidme dónde está, dónde está vuestro Dios.

URVASIA.

¡Maldicion! ¡Un pária, un pária en este instante supremo! ¡Oh! Es la reprobacion de Brahama que cae sobre nuestra frente. Huye de mí, rey de la India, huye. Pisoteo mi guirnalda de desposada. Me arranco mis perlas, que deben ser hechas de lágrimas de cocodrilos; tiro mis brazaletes, que me abrasan como serpientes de fuego; rasgo mi manto celeste, que acaso sea un paño mortuario. Si despues de haber visto en este instante un pária fuéramos á nuestro lecho, engendraríamos un mónstruo del infierno. Adios, adios. Me acuerdo ahora de la mansion de Yama, de los tormentos que padecian los que se atrevieron á mirar un pária. Extendéos, mis alas de gasa; volad, volad al Paraiso. (*Vuela y se pierde en los aires*).

INDRA (*en los aires*).

Ven aquí á mi carro, hija de los dióses, pues no has nacido para la tierra. Yo he tocado secretamente en el corazon á un pária para que inter-

rumpiera tus bodas y te apartara de los hijos de los hombres. Volemos, volemos al cielo, donde la luz es eterna.

EL REY.

¡Y ha huido! ¡Y me ha dejado despues de tantos dolores! ¡Oh aparicion del infierno! El infame Yama se ha vengado enviando un pária á que se arrojava como una serpiente en mi camino. Ya no quiero corona, ya no quiero trono, ya no quiero la vida. Allá, retirado en un bosque, al pié de un árbol sagrado, sin comer más que raíces, sin beber más que las aguas de las fuentes, sin vestir más que las hojas de las palmeras, sin dormir en ningun lecho más que en el duro suelo, arrastraré la vida del solitario, macerando estas carnes que el fuego de un placer burlado abrasa con terribles dolores. Huid, sacerdotes. Dejadme, guerreros. Retírese todo el pueblo. Voy á mi aposento á devorar mis lágrimas. Si el dolor mata, dentro de algunos instantes mis lágrimas, que son veneno, habrán devorado mis entrañas, cayendo una á una dentro de mí, que soy el más desgraciado de los mortales. Preparad, preparad la hoguera funeraria para vuestro rey. Apercibidlo todo para los grandes banquetes fúnebres. ¡Maldicion! ¡Mal-

dicion! ¡Y tú aún estás ahí, pária infame, hijo de la noche y del crimen! Aguarda, y verás cómo mi espada te traspasa el corazon. Huye.... huye.... Abrid la tierra para recibir las cenizas de vuestro rey. (*Se desmaya.*)

ORIEL (*huyendo*).

Por todas partes llevo la desgracia. Mi sombra es maldita. Los hombres al verme huyen. El mundo entero me maldice. ¿Qué mal he hecho yo? ¡Si al ménos me hubieran enseñado lo que se esconde tras esos cielos! ¡Si al ménos tuviera un dios amigo, una esperanza! Yo creí que aquellos séres felices tendrían por mí compasion. ¡Me he engañado! Como les oí llamar superiores á los mortales, imaginé que serian superiores por sus sentimientos. ¡Siempre en esta soledad! ¡siempre en esta desgracia! Al fin he logrado libertarme de los hombres. Mil espadas se han asestado contra mi cuerpo. Pero como mis perseguidores cerraban los ojos por no verme, no me han alcanzado más que algunos golpes. La sangre cae de mi frente y nubla mis ojos. Yo soy el más infeliz de la tierra, y merezco sin duda serlo, porque nací en esta raza maldecida. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

### III.

CORO DE GUERREROS.

Alli viene el guerrero de incontrastable fuerza. El arco es en sus manos como el rayo en manos de los dioses. Vá en un carro incrustado de oro, pisa las banderas de los enemigos, vuela arrastrado por caballos que desafian al viento, y sus armas suenan como la nube tonante. La cólera guerrera ilumina su rostro y enciende en rojizo fuego sus negros ojos. Su cabellera flota como la guedeja del leon cuando corre por los bosques desafiando á todos los animales. Su majestad es como la majestad del rey de los elefantes. Apenas pisa el suelo con su planta, pues parece que le ha robado al águila sus alas. Cuando entra en los bosques, arranca con su fuerza los árboles, ahuyenta con su mirar los tigres y fascina las serpientes. Cuando manda las batallas, su voz domi-